

aún cansar á la mala fortuna y enseñar al universo lo que es un gran pueblo que no quiere perecer. Metz ha capitulado.... Durante veinte años, Francia ha sufrido el poder corruptor del imperio, que cegaba todas sus fuentes de grandeza y de vida.... Fortalezcamonos, ciudadanos, y bajo la égida de la república, que estamos decididos á no dejar capitular dentro ni fuera, saquemos de la magnitud misma de nuestras desgracias el rejuvenecimiento de nuestra moralidad y de nuestra virilidad política y social.... Mientras quede una pulgada del suelo sagrado bajo nuestras plantas, sostendremos firme la gloriosa bandera de la revolución francesa.... Probemos por actos que queremos, que podemos guardar por nosotros mismos el honor, la independencia, la integridad, todo lo que constituye la patria libre y altiva». Al día siguiente, otra proclama al ejército: «Soldados: habéis sido vendidos, no deshonrados. A vosotros toca levantar de nuevo la bandera de Francia, que durante catorce siglos no ha sufrido eclipse parecido.... Vosotros nos traeréis la victoria; sabréis merecerla por la práctica de las virtudes militares, que son también las virtudes republicanas, la observancia de la disciplina, la austeridad de la vida, el desprecio de la muerte...., y después de haber devuelto á Francia su puesto en el mundo, quedaréis ciudadanos de una república tranquila, libre y respetada».

Habiendo consultado con el gobierno de la Defensa nacional, Thiers salió de París para Versalles el mismo día del tumulto, el treinta y uno de Octubre. Se proponía, al decir suyo, concluir la paz en dos volúmenes, cuyo primero sería el armisticio. En las conferencias que tuvo, los días uno y dos de Noviembre, con Bismarck, halló á éste mejor dispuesto de lo que esperaba. Aceptaba el canciller la suspensión de armas durante varias semanas, para que Francia efectuase las elecciones, y no rechazaba por completo la idea de dejar á París abastecerse. Pero esta moderación era simulada. Conveniale á Bismarck en estos instantes adoptar una actitud pacífica, para engañar á los alemanes, cansados ya de una guerra que duraba dos meses y que cada día exigía sacrificios más penosos. A quienes más le importaba tener contentos era á los alemanes del sur, con cuyos gobiernos estaba en tratos para enfeudarlos á Prusia. No habiéndole dado resultado las conferencias celebradas al efecto en Munich, del veintiuno al veintiocho de Septiembre, tomó el partido de llamar á los plenipotenciarios de aquellos Estados á Versalles, á donde llegaron el veinticuatro de Octubre. Por esto aparentó tanta benevolencia con Thiers, cuando realmente sólo esperaba pretexto para romper, con tal de poder echar sobre el gobierno de la Defensa nacional la responsabilidad de la ruptura. Este pretexto se lo proporcionaron el motín de París y las proclamas de Gambetta. Bismarck se fingió muy alarmado, diciendo el tres de Noviembre que necesitaba, para otorgar el armisticio, garantías en que antes no había pensado, tales como entregarle uno ó varios de los fuertes de París y no consentir la entrada de víveres en la plaza. Thiers rechazó estas condiciones, é igualmente el gobierno de la Defensa nacional, quedando el seis rotas definitivamente las ne-

gociaciones. Thiers salió de Versalles espantado, llevándose, además de este disgusto, una decepción bien mortificante. Bismarck se dió el maligno placer de enseñarle las cartas del Czar á Guillermo, en las que se limitaba aquél á recomendar á su tío moderación. No se percató Thiers, hasta este instante, de que Rusia le había engañado.

El desairado diplomático debía saber que en las relaciones internacionales no moran la justicia, ni la amistad, ni la gratitud, y teniendo esto presente, debió haber supuesto que Rusia, como todas las demás potencias, solamente obraría según sus intereses demandasen. Tal sucedió. A la manera que Italia había roto la convención de Septiembre cuando vió que Francia no podía defenderla, así Rusia se decidió á anular el tratado de París de mil ochocientos sesenta y seis, en la parte que limitaba sus fuerzas navales en el mar Negro, antes que terminase la guerra en el Occidente. Al enterarse el veintinueve de Octubre de la capitulación de Metz, Gortchakof publicó la famosa circular en que, sin ambages ni rodeos, declaraba que, desde aquel instante, Rusia dejaba de considerarse obligada por dicho tratado. «S. M. imperial, se lee en este documento, no puede considerarse por más tiempo sujeto á las obligaciones de este tratado, en tanto que restringe sus derechos de soberanía en el mar Negro». El canciller ruso emitía, además, la singular afirmación de que «el derecho escrito, fundado sobre los tratados, no había conservado la misma sanción moral que hubiese podido tener en otros tiempos»: lo que equivalía á decir, en plata, que los tratados solamente valen mientras no se tiene interés en eludirlos ó se es débil para romperlos. No obstante la gran preocupación que causaba la guerra, la circular y las notas explicativas de Gortchakof produjeron en Europa impresión profunda. Después de Turquía, la más irritada de las potencias fué Inglaterra, que replicó el diez en enérgica nota, retorciendo con brío la cómoda teoría de Gortchakof en materia de derecho público, y el once envió á Versalles un agente especial, Odo Russell, á decir á Bismarck que la Gran Bretaña no retrocedería, si fuese menester, ni ante la misma guerra. El gobierno austriaco, sin llegar á la amenaza, protestó con la misma indignación que el gabinete de Londres. Italia, que necesitaba estar bien con todas las potencias para que le dejasen en posesión de Roma, y especialmente con Inglaterra, para que no se opusiese á la candidatura del príncipe Amadeo al trono de España, se encerró en un prudente silencio. Francia, invitada á aplaudir, respondió con dignidad fría y reservada. ¿Qué haría Prusia? El caso era apurado. También ella sentíase contrariada, burlada por Rusia; mas no podía oponerse á los deseos del Czar, de quien estaba recibiendo el gran beneficio de tener sujeta á la corte de Viena; ni le convenía tampoco disgustar á Inglaterra, para que no se echase en brazos de Francia. El astuto canciller salió del paso proponiendo la celebración de una conferencia, en que las grandes potencias y Turquía examinarían y resolverían la cuestión tan bruscamente prejuzgada por el Czar, añadiendo, en prueba de imparcialidad, que la conferencia se celebraría en Londres y que á ella

sería invitada Francia. La proposición fué aceptada sin dificultad en Londres, donde el partido de la guerra recogió bandera, y lo fué de la misma manera en San Petersburgo. Del veintisiete al veintiocho de Noviembre, Bismarck invitó oficialmente á Austria, Italia, Rusia y Turquía, é Inglaterra se encargó de dirigir invitación á Francia.

¿Qué iba á responder el gobierno de la Defensa nacional? El giro de la guerra acababa de despertar en el pecho de los franceses alegres esperanzas. Gambetta, después que publicara su proclama de treinta de Octubre, desplegó una actividad febril. El dos de Noviembre, llamó á las banderas á todos los adultos válidos, de veintiuno á cuarenta años; el tres, ordenó á los departamentos suministrar por cada cien hombres una batería equipada, con su material; el diez, creó batallones de obreros; el once, requería á todos los ingenieros, veedores, arquitectos, empresarios y sociedades ferroviarias; el veinticinco, en fin, ordenó el establecimiento de once campamentos regionales, para instruir á las multitudes llamadas por el decreto del dos. «El ministerio de la Guerra, dice Freycinet, pensaba hacer de esta instrucción una de las bases permanentes de la reforma militar de Francia». ¿Qué debemos pensar de estos proyectos? Dejemos la palabra al escritor alemán Von der Goltz, en su libro *Gambetta y sus ejércitos*. «Las vistas de Gambetta, dice, se revelaban en sus grandiosos proyectos; quería aplastar á sus adversarios bajo la masa de los combatientes y bajo el peso del material de guerra; veía claramente que sería más difícil á Alemania, siendo pobre, que á Francia, mucho más rica, continuar aquella lucha durante largos meses aún..... Gambetta había juzgado perfectamente la situación». El seis de Noviembre se puso en movimiento el ejército, y el nueve dió con el enemigo, á poca distancia de Orleans. La lucha fué tenaz y mortífera. Coulmiers, centro de la acción, oponía tal resistencia que los batallones franceses vacilaban; entonces, el general Barry, del cuerpo de Chancy, se apea y se lanza hacia la aldea gritando: «¡Viva Francia..... adelante los móviles!»; y todos siguieron, y todas las posiciones enemigas fueron tomadas. La entrada de las tropas francesas en Orleans fué acogida con transportes de júbilo, y París se imaginó estar viendo al ejército del Loire delante de sus murallas cuando conoció la proclama de Gambetta, en que se leía: «No olvidemos nunca que París nos espera, y que nuestro honor está empeñado en arrancarlo á los bárbaros que lo amenazan con el saqueo y el incendio». ¿Era posible libertar á París? «En cinco días, dice Von der Goltz, el general d'Aurelle podía, sin violentar gran cosa las marchas, alcanzar las posiciones de los alemanes delante de París. El príncipe Federico Carlos no se hallaba todavía en situación de atacar, y era posible turbar seriamente el bloqueo de la capital. Poseíanse en estos instantes todas las probabilidades de que Francia se rehiciese aún. La continuación inmediata de la campaña era consecuencia lógica de todo lo que se había hecho hasta entonces. El general d'Aurelle contaba cerca de cien mil hombres, y esta cifra bastaba para emprender algo decisivo; pero d'Aurelle, enemigo de grandes empre-

sas, no se movió, ni se le ocurrió otra cosa que esperar en Orleans, en un campo atrincherado, el ataque de los alemanes». En vista de esta actitud, contraria á los proyectos, órdenes y ruegos de Gambetta, éste acometió la tarea de organizar un nuevo ejército que, en la segunda quincena de Noviembre, llegó á contar doscientos mil hombres. Anunció á Trochu que, por el Gatinais, marcharía á Fontainebleau, y el jefe del gobierno, que desde el ocho había empezado á organizar sus fuerzas, le contestó el diez y ocho que estaría pronto para dentro de ocho días. En estas circunstancias, cuando toda Francia se estremecía de esperanza, se puso sobre el tapete la cuestión de asistir al congreso de Londres. Gambetta opinaba que debía asistirse, más no para implorar mediación, sino simplemente para afirmar que Francia era un gobierno, y porque el hecho de asistir sus representantes á dicha reunión implicaba el reconocimiento tácito de la República francesa por Europa. En su virtud, Chaudordy, que dirigía las relaciones de la Delegación con las potencias extranjeras, excitó el dos de Diciembre al gobierno de la Defensa nacional á aceptar la invitación de tomar parte en la conferencia cuando le fuese dirigida. Pero el gobierno de París pensaba de muy distinta manera. El dos de Diciembre, Julio Favre publicaba una circular declarando que se aceptaría la invitación sólo con estas dos condiciones: que Europa garantizase en principio la integridad del territorio francés y que impusiese á Alemania un armisticio para abastecer convenientemente á la capital sitiada. Semejantes exigencias parecieron á las grandes cortes fuera de propósito, tanto más cuanto que, por entonces, la fortuna volvía de nuevo la espalda á los ejércitos franceses.

El día veintiocho de Noviembre, apareció en París una proclama de Trochu, muy digna y muy patriótica, y una orden del día de Ducrot á sus soldados: «Juro ante vosotros y ante la nación entera, decía Ducrot, no volver á París sino muerto ó victorioso. Podréis verme caer; pero no me veréis retroceder. Entonces no os paréis, sino vengadme». El movimiento general se efectuó el treinta por la mañana, al amparo de trescientos cañones, que cubrían de proyectiles la península de Champigny. Los tres cuerpos de ejército de Ducrot avanzaron hasta los parques enemigos Cœuilly y Villiers; rechazaron victoriosamente las salidas que intentaron los alemanes; pero no consiguieron forzar los parques. El dos de Diciembre se reanudó el combate, sin más resultado que en el anterior, y el tres fué forzoso retroceder, con cruel desencanto para los habitantes de París. El cinco se recibió esta carta de Moltke: «Quizás sea útil enterar á V. E. de que el ejército del Loire ha sido derrotado cerca de Orleans, y esta ciudad recuperada por las tropas alemanas. Sin embargo, si S. E. juzga del caso informarse por uno de sus oficiales, le proveeré de salvo-conducto para ir y venir». El hecho era exacto. El primero de Diciembre, habíase empeñado en los alrededores de Orleans, entre el ejército del Loire y el de Federico Carlos, porfiado combate, obteniendo grandes ventajas los franceses, cuyo primer cuerpo tomó á la bayoneta sucesivamente cinco aldeas y luego el castillo de Ville-

pion, donde el enemigo había concentrado sus principales medios de resistencia; pero al día siguiente, los batallones franceses fueron completamente derrotados en Loigny, teniendo d'Aurelle que evacuar precipitadamente á Orleans. Los restos del ejército de Orleans se retiraron, parte hacia el oeste, donde formaron, á las órdenes de Chancy, el segundo ejército del Loire, y parte hacia el centro, donde iban á formar, al mando de Bourbaki, el núcleo del ejército del Este. La Delegación tuvo que salir de Tours á una de caballo, yendo á instalarse en Burdeos el nueve de Diciembre.

Mientras los franceses se morían de pena, Bismarck no cabía en sí de júbilo. Acababa de llevar á fin y término su gran ideal: la unidad de la patria alemana. Del quince al veinticinco de Noviembre, se firmaron los tratados consagrando la reunión de los Estados del sur á la Confederación del norte, y las Cámaras los sancionaron en los primeros días del mes siguiente. El príncipe real quería que, con este motivo, se cimentase definitivamente la obra de la unidad germánica, que se refundiese la constitución, asegurando al pueblo una influencia más efectiva. No le fué difícil á Bismarck desechar estos proyectos, y la Confederación fué extendida, no modificada. Baviera, Wurtemberg, Baden y Hesse tomaron pura y simplemente puesto entre los vasallos de Prusia, sin más excepción que conservar Baviera su autonomía militar en tiempo de paz y la administración de sus correos y telégrafos, y seguir formando un cuerpo especial el ejército wurtembergense. En el *Bundesrath* Baviera estaría representada por seis delegados, Wurtemberg por cuatro, Baden y Hesse por tres cada uno, y los cuatro juntos enviaron al parlamento federal ochenta y cinco diputados. La unidad que acababa de fundarse sugirió la idea de restablecer los antiguos nombres de imperio y de emperador. El rey Guillermo vaciló mucho tiempo en aceptar este título. «No podré decirte, escribía aun á su mujer el diez y ocho de Enero de mil ochocientos setenta y uno, en qué disposición moral he pasado estos últimos días, en parte á causa de las grandes responsabilidades que he de asumir, en parte, y ante todo, á causa del dolor que experimento por relegar á segundo término mi título de rey de Prusia. En la conferencia de ayer, sentíme al final tan moroso que faltó poco para retirarme, dejándolo todo á Federico». Pero Bismarck y el príncipe real le convencieron de que era menester «cumplir el sacrificio», y el canciller arregló todo lo demás. Pidió á Luis II de Baviera, iluminado, que soñaba en la Edad Media y en el Santo Imperio, que tomase la iniciativa; le envió la minuta de la carta que, de Munich, fué comunicada á los demás príncipes, y en Enero de mil ochocientos setenta y uno, el rey de Prusia era coronado emperador en Versalles, á presencia de todos los soberanos alemanes. El imperio así constituido era una creación muy singular, que costaría trabajo definir á los teóricos del derecho público; un Estado federativo, compuesto de pequeñas monarquías sometidas á un soberano superior; un *Bund*, «federación», transformado en *Reich*, «imperio», sin dejar de ser *Bund*. No tiene esta federación gobierno federal exte-

rior y superior á los gobiernos federados, siendo uno de sus individuos, el rey de Prusia, quien, provisto de un poder militar irresistible, investido de la dignidad de emperador, manda como superior á todos los otros príncipes, que no son sus iguales, sino sus súbditos. Ciertamente que estos soberanos conservan su autonomía; pero sus prerrogativas no tienen más garantía que la constitución, y ésta puede modificarse por sólo una ley. ¿Ni qué importa que el gobierno se asiente sobre el principio del sufragio universal, si el parlamento no tiene realmente más que autoridad consultiva y todos los derechos están concentrados en manos del emperador? Democracia sin garantía, federación sin lealtad, llama con razón Lavissee á este raro engendro político. Alemania, enamorada hacia tiempo de unidad y de grandeza y reconociéndose impotente para alcanzarlas por sí, aceptó sin protesta, no diremos sin tristeza, las condiciones que placía imponerle á los dueños que le habían dado la victoria. La obra empezada en mil ochocientos sesenta y cuatro por la invasión de los ducados estaba terminada. Alemania, que nunca había existido realmente como poder político, pasaba á ser el Estado preponderante de Europa, mediante el espíritu de disciplina y de organización de que Prusia la dotara.

Bismarck dió vado á su alegría mostrándose extraordinariamente afectuoso con las principales potencias de Europa. Envió testimonio de su benevolencia á los italianos, que se preparaban á trasladar su gobierno á Roma; notificó á la corte de Viena, en términos por todo extremo modestos y amistosos, la reunión de las dos Alemanias, y le representó discretamente el gran papel que estaba llamada á desempeñar en el Danubio y en la península de los Balcanes, á lo que Beust, juzgando imposible el cambio de fortuna á favor de las armas francesas, respondió casi inmediatamente con protestas no menos cordiales de afecto á Rusia y á la nueva Alemania; juró á Rusia que, ahora más que nunca, era su aliada, su auxiliar fidelísima, y que trabajaría de manera que los acuerdos de la conferencia de Londres le fuesen favorables; casi otro tanto, en fin, prometió á Inglaterra, asegurándole que, por gracia suya, Francia podría ocupar su puesto en aquel tribunal diplomático, donde su voz se uniría, seguramente, á la del gobierno de Londres. En esto último, el canciller mentía descaradamente: su ánimo era que Francia no fuese á Londres, temiendo que le surgiese alguna dificultad de su contacto con las demás grandes potencias, y no perdonó medio para impedir, primero, que recibiese la invitación, y luego, que la aceptase. Bien es verdad que secundaba admirablemente sus secretos deseos el gobierno de la Defensa nacional, á quien el ir á la conferencia sin condiciones previas parecía casi una desertión, estimaba que equivalía á reconocer á Europa como juez entre Alemania y Francia. Así, el diez y seis de Diciembre, Julio Favre se negaba aún en principio á tomar parte en la conferencia, y si el diez y siete, cediendo á las instancias de la Delegación, decidió, de acuerdo con sus colegas, enviar un plenipotenciario, dejó transcurrir una semana sin designarlo. El tiempo apremiaba, sin embargo, porque la conferencia